

Calentamiento de la sociedad

Miguel Angel Granados Chapa

Los expertos atribuyeron al *sobrecalentamiento* de la economía, entre diversas causas, el desquiciamiento de la estructura financiera y productiva de México. Empiezan a aparecer signos de que la situación social está sobrecalentándose. Y si aprendimos la lección respecto de las cosas, habremos de aplicarla respecto de las personas, así fuera sólo porque es más peligroso lo que ocurre cuando las relaciones entre éstas se vuelven quebradizas, como la tierra agotada por esta larga canícula.

El mes pasado sobre todo en instancias electorales, se generó violencia en una media docena de estados. El trazo de un país bronco que pudo entonces hacerse fue desdibujándose, porque se trataba de conflictos localizados, cuyos orígenes inmediatos no guardaban relación alguna entre sí, pero que tenían como único telón de fondo la inequidad en el trato a los partidos, y una cultura política que no ha sobrepasado por completo ni en todas partes la etapa de la barbarie.

Ahora, y acaso con una talla y hondura mayores, los signos hostiles se renuevan. Un gran conflicto los envuelve a todos, que es el empobrecimiento general de la sociedad y la inconformidad de buena parte de sus miembros frente a tal circunstancia y frente a las medidas adoptadas desde el poder para paliar o frenar tal proceso de penuria creciente.

Suenan los tambores de la guerra tocados desde las centrales obreras más conservadoras. Y aunque se trata sólo de palabras, que aguardan el momento de traducirse en hechos, y aunque los precedentes muestran que semejante traducción no se concretó jamás, las palabras cruzadas entre sí por los protagonistas evidencian las fricciones. No es común, por ejemplo, que Fidel Velázquez se enfrente, aunque sea de modo indirecto, al Presidente de la República. Y sin embargo lo ha hecho. A la petición de la madrileña de moderación salarial, Velázquez ha contestado que la petición de cincuenta por ciento es moderada, sobre todo porque es negociable.

Con todo, la pugna social por los salarios se conduce dentro de los cauces de la institucionalidad. No ocurre así en otras comarcas de la sociedad, que muestran tensiones mayores cotidianamente. No es pertinente exagerar la importancia de los hechos que enumeraremos a continuación. Pero tampoco es aconsejable disminuirlos. Ya antes focos semejantes de

confrontación derivaron en conflictos mayores, de gravísima trascendencia.

En primer lugar, disputan los médicos residentes y la Secretaría de Salubridad y Asistencia. No es parte del litigio salarial genérico el que los enfrenta, por las peculiaridades el desempeño profesional de los residentes, a los que tiene que reputarse sin embargo plenamente como trabajadores. A la negativa de la autoridad a incrementar los sueldos en 85 por ciento, han seguido no negociaciones sino aspereza, mano dura, el autoritarismo que los trabajadores universitarios conocieron en los años en que el rector Soberón, que es hoy el secretario de Salubridad, gobernó en la UNAM.

Pequeñas querellas en recintos estudiantiles han producido por otra parte violencia que concluyó en muerte y sangre en algunos casos. En la Preparatoria Popular, urgida de un replanteamiento que la prive de su carácter de bullente caldero, siempre en efervescencia sin que pierda su inspiración de enseñanza para todos; y en el Instituto Politécnico Nacional,

las balas sustituyeron a los argumentos. No es sólo el calor lo que hace hervir la sangre de los protagonistas. Averigüese, sobre todo en el segundo caso, hasta qué punto el *jonguitudismo* busca avivar hogueras que sean alternativas para prolongar su amenazada vigencia en otros ámbitos.

Considérese por último (de una breve lista confeccionada sólo con la lectura de un más uno de ayer) la gravedad de la batalla interna entre los choferes de la línea Autobuses Unidos. La carretera de México a Puebla quedó bloqueada por el sindicato croquista que de ese modo quiere forzar a disidentes a deponer sus propios mecanismos de lucha. Uno de éstos ha consistido en secuestrar autobuses, forma a su vez de presionar por laudos que apoyen su lucha contra un cacicazgo laboral ya muy viejo, y también incapaz de representar de verdad el interés de los trabajadores del volante.

Nadie dice, ni siquiera los partidarios de la tesis de las conjuras, que hechos como los reseñados surjan de una vinculación común ni que los atice una estrategia única. No, pero los emparenta el que, en la yesca física y social sobre la que pisamos, son chispitas o flamaos que pueden provocar un incendio. Y es verdad que no hemos de encender fuegos que no podamos apagar.